

## *El diablo en el agua bendita o el arte de la calumnia de Luis XIV a Napoleón.*

Robert Darnton

*The Devil in the Holy Water or the Art of Louis' XIV Slander of Napoleon.*

*O diabo na água bendita e a arte da calúnia de Luis XIV à Napoleão.*

México, Fondo de Cultura Económica, 2014, 562 páginas,  
ISBN: 978-6071623430

### RESEÑA

**Rafael Torres Sánchez**

Universidad de  
Guadalajara,  
Guadalajara, México

[torresan778@gmail.com](mailto:torresan778@gmail.com)

DOI

10.3232/HIB.2015.  
V8.N2.10

La calumnia ha sido y sigue siendo una práctica y, ahí donde se explota, un negocio ruin; pero su carácter desagradable, propone en este libro uno de los historiadores contemporáneos más destacados, no es razón suficiente para considerarla indigna de ser estudiada con seriedad. Y eso es lo que se propuso Robert Darnton al sumergirse en las penumbras de *Grub Street*, siguiéndoles la pista a librerías y autores de poca monta, agentes de policía -a veces disfrazados- y comisionistas de toda laya, entre otros actores que componen el reparto de una historia menos lejana a la actualidad de lo que podrían suponer sus términos estrictos: la Francia dieciochesca que pugna por guardar el equilibrio al filo del agua: la gran Revolución de 1789.

¿Influyeron en tan señalado colapso los habitantes de *Grub Street*, ese nombre inglés emblemático que designa una calle antigua de Londres en que vivían escritores y periodistas arrojados por la necesidad a labores mercenarias? Y si así fue, ¿en qué medida lo hicieron? A lo largo de las páginas que componen esta historia de intrigas poblada de libelistas y agentes dobles, piratas librescos e informantes de las altas esferas del poder, gacetilleros, espías, censores y dibujantes, Robert Darnton muestra, como primera providencia, que, lejos de limitarse a su perímetro londinense, aquella célebre calle se extendía por los más variados rumbos y los más diversos países, adaptándose a las circunstancias, atrayendo a su órbita a propios y extraños e imprimiéndole los matices específicos de una práctica común que arrebató en ocasiones a sus oficiantes, para llevarlos secuestrados hasta donde los esperaban adustos inquisidores encargados de drenar el lodazal en el que sumergían reputaciones y honras a golpes sensacionalistas de *libelles*, relatos escandalosos de los asuntos públicos y la vida privada de grandes personajes de la Corte y la capital. “El asesinato de una reputación puede parecer sencillo: -anota el autor de la conocida y celebrada *gran matanza de gatos*- hurgue usted hasta encontrar algo de lodo y luego lánceselo a alguien. Al estudiarlos en detalle a lo largo de los siglos, empero, resulta que los libelos tienen características muy peculiares. Combinan los ingredientes básicos, que tienen nombres familiares -‘anécdotas’, ‘retratos’, *nouvelles* (noticias)-, pero que en realidad pertenecían a técnicas

retóricas diseñadas para entretener a los lectores a principios de la Edad Moderna. Sin embargo, todos los libelos tenían una cosa en común: reducían las luchas por el poder a un juego de personalidades” (p. 18).

Mediante el análisis de cuatro libelos que gozaron de amplia difusión en la Francia del Antiguo Régimen, época sobre la que ha escrito numerosos libros, artículos y otras contribuciones, Robert Darnton recrea, hasta donde ello es posible, una sociedad bullente y agitada, ávida de noticias y datos sobre la vida privada de los personajes que conoce sólo de oídas, o casi, porque, entre otras cosas, en la Francia pre revolucionaria había marcadas restricciones a la producción visual (a diferencia de lo que sucedía en Inglaterra, donde las caricaturas y aun los retratos florecieron sin mayores problemas), de tal manera que sólo el estallido de 1789 les reveló a las clases populares las facciones de *les grands* de la corte y de la política, llenando los muelles del Sena, las calles, los cafés, los figones y otros puntos de reunión con voces de sorpresa, asombro e insidia que la documentación tratada de manera intensiva por el historiador ayuda a representarse, distinguiendo en la bruma enrarecida del tiempo los rasgos de una mentalidad -sobra, por obvio, adjetivarla de “colectiva”-, gracias a ello, no del todo extinguida.

Los libelos entrelazados que analiza el historiador de la calumnia en la primera parte de su libro son *El gacetillero acorazado*, *El diablo en el agua bendita*, -de donde proviene el título- *La policía de París al descubierto* y *La vida privada de Pierre Manuel*. Todos ellos gozaron de amplia difusión y eran llevados y traídos por todos los rumbos de París, especialmente el emblemático Palais-Royal, propiedad del duque de Orleans, quien durante las décadas de 1770 y 1780 mostró una marcada disposición para colaborar con las agitaciones que socavaron a la Corona, anota Darnton. “Fue en el Palais-Royal donde Diderot dio rienda suelta a sus pensamientos [...] y donde conversó con el sobrino librepensador de Rameau. Fue en el Palais-Royal donde, parado sobre una mesa en un café, Camille Desmoulins arengó a los parisinos a tomar las armas y desató el asalto a la Bastilla” (p. 102). Y será en el Palais-Royal, agreguemos a la historia la literatura, a donde entren y salgan numerosos personajes de *La comédie humaine* de Honoré de Balzac, desde Luciano de Rubempré hasta Rafael de Valentín, cuando los rescoldos revolucionarios se enfrían en el agua tibia de la Restauración borbónica, tras la derrota de Napoleón Bonaparte en las llanuras belgas de Waterloo.

En la segunda parte de su libro, Robert Darnton estudia los nexos entre la política y la labor policial. El lector asiste en los trece capítulos que la componen a una historia de espías, con agentes dobles, misiones secretas para secuestrar libelistas, celadas e interrogatorios en la Bastilla, a donde van a parar ocasionalmente los vecinos de *Grub Street* y sorpresas, como el hecho de que, con frecuencia, son las personas de los estratos más altos de la sociedad y de la estructura del poder los instigadores de los libelos, con la intención de socavar a sus pares. Nada de extraño encontrará el lector, por lo tanto, en que a veces los libros prohibidos se guarden para su venta en el propio Palacio de Versalles, sede del poder en la Francia del Antiguo Régimen, o que uno de los mayores libelistas del siglo XVIII, tal vez el mayor, Anne-Gédéon Lafitte, el marqués de Pelleport, sea autor de una novela que merecería ser rescatada del olvido, en virtud de tratar, precisamente, de la vida de los libelistas. *Les bohéms*, escrita en la Bastilla, entre 1784 y 1788, informaría seguramente de un sinnúmero de datos e incidencias de aquellas

vidas sepultadas en el olvido, más atraído por el prestigio de una historia menos nauseabunda que la de la calumnia, a pesar de la contribución que le corresponda en la caída del Antiguo Régimen. Porque como sostiene Darnton, los libelos contribuyeron al desprestigio personal de la monarquía, decadente de por sí, y, entre otras muchas cosas, a exagerar la percepción de la Bastilla por parte de los ciudadanos en las calles, que, llegado el momento y arengados por Camille Desmoulins, se lanzarán contra el odiado símbolo.

La tercera parte de *El diablo en el agua bendita* se dedica a analizar la naturaleza de los libelos, desde su contenido, compuesto por las anécdotas, que en el siglo XVIII se refieren al lado secreto de la historia, algo que sucedió realmente pero que se mantuvo oculto al público, los retratos –ese género literario de la temprana modernidad, aunque haya quien siga sin enterarse– y las noticias, hasta los aspectos paratextuales, en los términos propuestos por Gérard Genette (*Umbrales*). Y en ella vuelve aparecer una interrogante que flota en las páginas de todo el volumen y que atañe nada menos que a la recepción del texto, uno de los mayores problemas que enfrentan los estudios literarios. “Las calumnias -observa Darnton- podían insertarse en cualquier parte dentro de los géneros convencionales utilizados por los libelistas: en historias, biografías, crónicas, memorias, colecciones de cartas -no importaba. Si las anécdotas eran lo suficientemente convincentes, los lectores toleraban los recursos literarios que las acompañaban.

Hay que aceptar, sin embargo, que no sabemos mucho acerca de la manera en que los lectores entendían los libros durante el Antiguo Régimen. A pesar de una lluvia reciente de investigaciones, la historia de la lectura todavía involucra una gran parte de suposiciones basadas en notas al margen, diarios, correspondencias y cualesquiera pistas que puedan ser obtenidas de los propios libros. Pero por lo menos hemos aprendido a cuidarnos de las interpretaciones simplistas. El mensaje transmitido por un libro no se imprimía en la mente del lector de una manera directa, análoga al modo en que la tinta se imprime en el papel. Los lectores interpretaban la palabra impresa en muchas maneras que no tenían un correlato cercano con la posición social, la ubicación geográfica o los índices de alfabetización” (pp. 339-40).

Por último, en la cuarta parte de su libro, Robert Darnton examina la literatura del libelo, cuya quintaesencia, para decirlo en términos alquímicos, es el destilado extraído de las vidas privadas que desuella. En el caso de la figura del monarca, las repercusiones libelistas dejan poco lugar a dudas. “De acuerdo con una variante de la teología política que tienen sus orígenes en la Edad Media -advierde el historiador- el rey de Francia combinaba en su sagrada persona dos cuerpos: el de su ser individual, que perecía al morir, y el de la monarquía, que nunca moría. Por consiguiente, él incorporaba lo público y lo privado. Al exhibir su vida privada y tratarlo como un mortal ordinario, los libelos trastocaban esta perspectiva antigua y desacralizaban la monarquía. Nunca se referían al concepto de los dos cuerpos del rey y no es posible saber hasta qué punto persistía esa noción en el siglo XVIII. Pero pertenecía al bagaje cultural que los libelos explotaban para producir sus efectos conmocionantes” (p. 444, nota al pie).

Menos lejanos a la actualidad de lo que podría suponerse, los temas tratados en este libro por uno de los más eminentes historiadores contemporáneos sorprenderán por el aire de familia y la cercanía que guardan con esas modernas herramientas de comunicación comprendidas

genéricamente como “redes sociales”, y con la hechura al uso de muchos textos pretendidamente académicos que rozan los procedimientos del corte y la confección propios de los libelistas, cuando no ejercen de plano, el plagio, bajo la coartada del “hipertexto”. Como muestra esta obra, de consulta indispensable para el lector interesado en el tema del libro, la lectura, la vida cotidiana y las mentalidades, ni la sociedad pre moderna estaba tan desinformada y tan comunicada como a veces se supone, ni la sociedad contemporánea está tan informada y tan comunicada como se da por sentado, particularmente por quienes boquean entre los hilos apretados de las “redes” sociales.